

# La importancia de la historia del trabajo social para construir una identidad profesional aceptada internacionalmente \*

Dr. Miguel Miranda Aranda\*\*

Fecha de recepción: 5 de septiembre de 2014  
Fecha de aceptación: 28 de noviembre de 2014

## Resumen

Todas las profesiones se construyen socialmente y todas ellas se apoyan en un conjunto de conocimientos científicos que son fruto del diálogo realizado internacionalmente; el trabajo social no es una excepción. Sin embargo, seguimos teniendo problemas de identidad profesional, uno de ellos es el desconocimiento, cuando no el desprecio de la propia historia. Es urgente recuperar a las pioneras y avanzar en el consenso para construir los elementos identitarios comunes y si es posible, como hacen las demás disciplinas, definir un objeto disciplinar en el que todos nos veamos reflejados.

**Palabras clave:** trabajo social, identidad, historia, pioneras.

\* Artículo resultado de reflexión, producto del trabajo realizado en el Grupo Internacional de Investigación en Trabajo Social (GIITS), codirigido por la profesora Bibiana Travi, Universidad de Lujan, Buenos aires, Argentina.

\*\* Trabajador Social y máster en Trabajo Social en Psiquiatría, de la Universidad de Zaragoza, España; licenciado y doctor en Antropología Social y Cultural de la Universidad Rovira i Virgili de Tarragona, Zaragoza, España. Profesor titular de la misma universidad. Correo electrónico: mmiranda@unizar.es

---

**CÓMO CITAR:** Miranda Aranda, M. (2015). La importancia de la historia del trabajo social para construir una identidad profesional aceptada internacionalmente. *Tendencias & Retos*, 20(1), 21-34.

## The history of social work and its importance in constructing an internationally accepted professional identity

### Abstract

All professions are socially constructed and all of them are based on a set of scientific knowledge resulting from international dialogues; social work is no exception. However, we still have professional identity problems, one of which is ignorance, if not disdain for history itself. It is urgent to rediscover the pioneers and to advance consensus in order to build common identity elements and, if possible, as do other disciplines, to define a disciplinary object in which we all are reflected.

**Keywords:** Social work, identity, history, pioneers.

## A importância da história do trabalho social para construir uma identidade profissional com aceitação internacional

### Resumo

Todas as profissões se constroem socialmente e todas elas se apoiam em um conjunto de conhecimentos científicos que são fruto do diálogo realizado internacionalmente; o trabalho social não é uma exceção. Porém, continuamos tendo problemas de identidade profissional, um deles é o desconhecimento, quando não o desprezo da própria história. É urgente recuperar as pioneiras e avançar no consenso para construir os elementos de identidade comuns e se é possível, como fazem as outras disciplinas, definir um objeto disciplinar no qual todos nos vejamos refletidos.

**Palavras chave:** trabalho social, identidade, história, pioneiras.

## Introducción

¿Quiénes son los asistentes sociales? Se preguntaba para comenzar su libro *El trabajo social individualizado*, en 1962, Helen Harris Perlman (1980), considerada una de las pioneras de esta profesión/disciplina, capaz de proponer un modelo-síntesis con las aportaciones de la Escuela de Nueva York y las posteriores de la de Pensilvania, las ideas de Gordon Hamilton y Florence Hollis y las de Virginia Robinson y Julia Jesie Taft, aparentemente enfrentadas de manera irreconciliable. Pionera pues, pero diríamos, de segunda o mejor, tercera generación, si consideramos a Mary Richmond y Jane Addams de la primera generación y a las involucradas en el debate entre el modelo psicosocial y el modelo funcional (no confundir con el funcionalismo, con el que no tiene nada que ver), de la segunda. El libro de Perlman, traducido al castellano en Buenos Aires y publicado en 1971 intenta responder a la siguiente pregunta, entre otras: ¿qué es el servicio social?, ¿qué hace el asistente social?, ¿dónde trabajan los asistentes sociales?, ¿cómo se llega a ser asistente social?, ¿dónde se puede obtener información? La edición argentina del texto incluye, además del Código de Ética de los trabajadores sociales de los Estados Unidos, una relación de las escuelas de servicio social en América Latina y en España que se añaden a la lista de las estadounidenses y canadienses.

Otras preguntas que surgen son si Helen Harris Perlman es reconocida y valorada como tal por todos los trabajadores sociales y si hay en esta profesión unas figuras internacionalmente reconocidas por el papel en los orígenes del trabajo social o, por

el contrario, aquellas mujeres fueron hace ya décadas repudiadas y olvidadas en algunos ámbitos, aun sin ser conocidas simplemente porque eran norteamericanas.

¿Qué es eso que llaman trabajo social? era la pregunta con la cual César A. Barrantes iniciaba su ponencia presentada al Primer Congreso Nacional de Trabajo Social, en Costa Rica, en 1985. *What social workers do* titulaba su libro en 1997 Gibelman y el mismo autor publicaba *The Search for Identity: Defining Social Work. Past, Present, Future*. Las mismas preocupaciones que yo mismo mostraba en *De la caridad a la ciencia: pragmatismo, interaccionismo simbólico y trabajo social*, en 2004. Podíamos añadir muchos más títulos elaborados intentando responder a las mismas preguntas.

## 1. Planteando la cuestión de la identidad

¿Asistentes sociales o trabajadores sociales, servicio social o trabajo social?: el mismo índice del libro de Perlman refleja ya una dispar denominación de lo que creemos que es la misma profesión y los mismos profesionales; todavía hoy seguimos utilizando diferentes palabras para denominar lo mismo. Pero no es solo una cuestión de palabras. Décadas después del intento divulgador de Perlman (1980) seguimos debatiendo sobre una cuestión más de fondo, como es la propia identidad del trabajo social y utilizaré la denominación que se emplea mayoritariamente en los ámbitos internacionales, aunque en Portugal, Francia o en Italia, y desde luego en no pocos países latinoamericanos, se utilicen las otras denominaciones o ambas, a la vez incluso expresando matices o circunstancias diferentes.

En algunos casos se diseña el rol profesional como técnicos de recursos o mediadores entre las necesidades y los recursos sociales, en otros como técnicos de desarrollo social; se sigue poco menos que reclamando un papel central en los procesos de cambio social y en un cambio diseñado específicamente desde el marxismo que antepone el compromiso político a la actividad profesional y que reniega, además de la historia, de las corrientes de pensamiento consolidadas en otros muchos países, de eso que Payne (1995) identifica como *común* a nivel internacional, a pesar de que, por ser una actividad socialmente construida, varíe según las culturas. Evidentemente había diferencias entre la antropología social y la cultural, entre la que se desarrolló en el Reino Unido y la de Estados Unidos. ¿Qué vamos a decir de las diferencias entre la sociología de Park y Burgess (Escuela de Chicago) —ojo, no se habla aquí de la posterior de Economía con la que no tiene nada que ver— y el funcionalismo o el propio marxismo! ¿Hay que insistir mucho para explicar las diferencias entre la psicología conductista y el psicoanálisis?

Evidentemente, en estas disciplinas citadas, que comparten con nosotros la casa común de las ciencias sociales, hay muchos profesionales que se adscriben a uno u otro paradigma, pero no niegan carta de identidad a los colegas que se identifican con otros o militan simplemente en el eclecticismo metodológico, utilizando teorías, técnicas o instrumentos de unas u otras escuelas según convenga. Todo esto sin ignorar que los modelos de intervención, métodos y técnicas han de ser coherentes con los principios éticos y objetivos profesionales que forman parte de la identidad profesional y

han de ser irrenunciables para cualquiera que ejerza esta profesión. En trabajo social parece que, como mantiene César A. Barrantes en un excelente artículo, (2005, p. 12), se proclama “la vuelta al primer marxismo considerado el verdadero y auténtico como única vía posible de exorcizar al servicio social de su pecado original religioso, conservador, reformista, empirista y pragmatista y darle a éste una nueva identidad”. Este mismo autor sostiene que el trabajo social “tiene un origen espurio, en tanto religioso, en virtud de lo cual su sustancia y especificidad no deja de ser una protoforma reaccionaria que se presta, sin solución de continuidad, a los fines burgueses que se ocultan en los instrumentos que están a su servicio: los prototipos protoasistenciales” (2006, p. 182).

Coincido con este colega cuando afirma que “no sé si existe otra disciplina que, como el trabajo social, persevere en la crítica a su razón práctica a su razón de ser y estar en el mundo” (Barrantes, 2006, p. 180). En pocos lugares he visto expuesto con tanta claridad uno de los problemas a los que me refiero en este artículo. Su posición es que podemos encontrar los ecos del estallido académico que conocemos como reconceptualización de la asistencia/ servicio social, que puso en el primer plano profesional la utopía transformadora de estructuras y la construcción de un hombre nuevo y la búsqueda de nuevas formas de encarnar una ciencia liberadora. Además, como fenómeno añadido:

[...] haber propiciado un cambio en el dispositivo conceptual de la profesión mediante la crítica a los métodos, teorías y metateorías anteriores, aunque reduciendo la lucha epistemológica al exor-

cismo del pasado filantrópico-caritativo y benéfico-asistencial eclesial, liberal y conservador, lo cual se tradujo en desprecio y abandono de los métodos clásicos y auxiliares (Barrantes, 2006, p. 180).

A estas alturas y leyendo a los autores que mantienen las posiciones mencionadas, a los que evidentemente, aunque aquí los cite someramente, he leído y suelo seguir en la medida que las revistas *online* lo permiten, no solo fueron los métodos clásicos los que se despreciaron, sino toda la historia del trabajo social, la obra de sus pioneras, sus valiosas aportaciones. Todo ello, mantengo, sin siquiera molestarse en conocerlas, en saber de sus afanes, de sus relaciones sociales, de sus vidas, de sus compromisos políticos, del diálogo que establecieron con el contexto intelectual, social y político en el que vivieron y en el que de manera sorprendente fueron incluso protagonistas en primer plano. Sospecho que una vez puesta la etiqueta (origen religioso, caritativo, liberal, conservador, funcionalista...) se tira todo en conjunto a la basura, rompemos con esas tradiciones y nos inventamos otra cosa que ya no será la misma, aunque tampoco se sabe qué tiene que ser, cuál su fundamento científico, si estamos hablando de una opción política o una profesión, o si convertimos en los principales protagonistas de la revolución social a unos profesionales, tesis que sin duda pondría "los pelos de punta" del propio Marx, para quien el sujeto del cambio es el pueblo, y nadie más que el pueblo. Siempre me extrañó que esta identificación como agente de cambio y casi como permanente "sujeto revolucionario" se produjese solo y exclusivamente en el caso del trabajo social y no en el caso de los sociólogos, antropólogos, politólogos, etc. Ni en estos, ni en ningún otro caso he

encontrado nunca una autodefinición en términos semejantes.

Es verdad que las pioneras del trabajo social diseñaron una profesión con vocación de disciplina científica, es decir, apoyada en las incipientes ciencias sociales del momento, con un carácter aplicado. Es más, en algún momento iniciaron un camino autónomo respecto a la sociología cuando sospecharon que el límite de la ciencia, para algunos, era el mero conocimiento de la realidad social. Ellas siempre quisieron conocer, desde luego; conocer lo más científicamente posible. Pero conocer para transformar, conocer para modificar la realidad social, conocer para intervenir lo más eficazmente posible. El debate que en otras disciplinas ha llegado hasta nuestros días sobre si las ciencias sociales han de ser o no aplicadas (y hay posturas para todos los gustos) nunca se planteó en el caso del trabajo social. Basta con leer a cualquiera de las pioneras para ver que el trabajo social o es aplicado, o sencillamente no es trabajo social. Será otra cosa, pero no lo que iniciaron Richmond y Addams.

Cabe preguntarse cuál es el papel de los profesionales formados en estos presupuestos puramente ideológicos, en su día a día como funcionarios de un Ministerio de Bienestar Social o del de Educación, o en instituciones penitenciarias. Ya no diría que esta sería como Richan y Mendelsohn (1973) sugieren, una profesión poco querida, sino sencillamente imposible, inviable. Leyendo a algunos colegas siempre me pregunté, después de 40 años dedicado a ejercer, investigar y enseñar trabajo social, si formo parte de una profesión apoyada en una disciplina científica, que se construye

a sí misma igual que la sociología, la antropología o la psicología; es decir, en permanente diálogo con las ciencias sociales y por tanto (con todas las características peculiares que afectan a todas las profesiones sin excepción, dependiendo del lugar en el que se ejercen) atenta al ámbito internacional, porque ninguna profesión puede cerrarse en el ámbito nacional o continental. O si, por el contrario, me reclutaron, allá por los setenta, para otra cosa que no tiene que ver ni con una profesión ni con algo construido desde elementos teórico-prácticos procedentes de las ciencias, sino meramente desde la ideología, cuando no desde la teología. Desde que tengo memoria, siempre milité sindical y políticamente entre las fuerzas que se proponen cambiar el mundo, defender los derechos humanos, construir una sociedad más justa e igualitaria. Comencé a estudiar marxismo hace muchos años, en la clandestinidad que nos imponía la dictadura franquista, y todo ha evolucionado mucho desde entonces. Pero creo que siempre tuve clara la diferencia entre mis opciones ideológicas y políticas y el ejercicio honrado y riguroso de la profesión que elegí. El trabajo social es una profesión, es decir, una actividad humana capacitada universitariamente y reconocida en la sociedad como digna y necesaria, escribía Enrique Di Carlo (2005) en un texto memorable en defensa de quienes mantienen que los servicios sociales tienen un carácter conservador y reaccionario, tanto en lo institucional como en lo profesional. Por supuesto me alíneo con Di Carlo.

Pues bien, reivindico a aquellas mujeres pioneras en trabajo social, y cuanto más conozco su obra, las admiro con más fuerza y en la

medida de lo posible trato de contribuir a que sean más conocidas. Lo lamentable es que las posiciones de rechazo se defienden demasiado a menudo desde el desconocimiento, la ignorancia, los estereotipos, los prejuicios o el desprecio a sus aportaciones, cosa realmente sorprendente. Ningún sociólogo desprecia hoy las obras de Spencer, Weber, Durkheim, Merton o Parson. Son autores que se siguen estudiando en todas las Facultades de Sociología como se estudia a Malinowski o Radcliffe Brown en las de Antropología; de la misma manera que los psicólogos inclinados al psicoanálisis conocen qué es lo que aportaron a su disciplina Paulov, Skinner o Bandura. Solo por razones similares, cualquier trabajador social, o cualquiera que sin serlo, o aunque no haya ejercido la profesión nunca, escribe sobre trabajo social o se permite desde otras disciplinas, con muchos aires de superioridad, salvarnos de nuestra secular desorientación, debería molestarse en conocer aquella generación de mujeres realmente dignas de admiración por haber ideado esta profesión y haberla configurado en sus inicios, por cierto, con las influencias teóricas más progresistas que encontraron en su entorno, justo cuando las ciencias sociales daban sus primeros pasos.

¿Algún sociólogo latinoamericano desprecia todo lo que viene de Estados Unidos, incluido a Wright Mills, por ejemplo? O, ¿se permite desconocer las brillantes aportaciones de Erving Goffman (norteamericano) o pasar de conocer a Adorno, Benjamin, Horkheimer, Marcuse, Löwenthal, es decir, la Escuela Crítica o de Frankfurt, por muy alemana que fuera? Estoy seguro de que no, porque conozco las librerías bonaerenses y no pocos libros de mi biblioteca particular los he adquirido en la librería de

Eudeba, en la plaza del Congreso argentino, o en la pequeña librería de la Universidad de Lujan, o en cualquier otra de las envidiables librerías porteñas que siempre visito con tanto placer y curiosidad. Entel *et al.* (2008) publicaron en la editorial de la Universidad de Buenos Aires un libro titulado *Escuela de Frankfurt. Razón, arte y libertad*. Baste como ejemplo. Frecuentemente y en lo que se refiere al interior del trabajo social —y de manera tan diferente a lo que hacen en otras profesiones— percibo una desconfianza, cuando no cierto desprecio, a todo lo que no nace, crece y se desarrolla en la “patria grande”. En política puede ser o no, útil y legítimo. Cuando se trata de construir una ciencia, simplemente es suicida. Nunca escuché a ninguno de mis colegas antropólogos latinoamericanos hablar de colonialismo cuando juntos estudiábamos a los clásicos de la disciplina que obviamente no eran españoles ni latinoamericanos. Los primeros pasos en antropología los dieron quienes los dieron y el trabajo social lo inventó quien lo inventó: una generación admirable de mujeres que, aprovechando todo lo que de positivo tenían las experiencias europeas y lo que podían aprovechar de las nuevas ciencias sociales que nacían en aquellos momentos (no se olvide este dato), supieron idear una profesión que ya no desde la caridad ni desde la pura ideología, sino desde el ámbito científico, se propusiese intervenir en la realidad social para cambiarla. Supieron configurar un conjunto de conocimientos metodológicos al principio, pero también supieron muy tempranamente investigar sobre la realidad social y sobre los problemas acuciantes que planteaba la industrialización y el capitalismo salvaje.

Y unieron sus esfuerzos a los académicos que intentaban construir un conocimiento científico sobre lo que pasaba en los nuevos escenarios: las ciudades nacientes que crecían sin orden ni concierto y en las que se planteaban multiplicados hasta el infinito los problemas sociales viejos y otros muchos nuevos. Hay que decir también que cuando marcaron diferencias frente a la sociología que también daba entonces sus primeros pasos, lo hicieron porque llegaron al convencimiento de que algunos académicos y sus asociaciones estaban muy interesados en conocer, pero poco en transformar, poco en incidir en la realidad social, poco en solucionar los problemas que afectaban a la inmensa mayoría de la población, los trabajadores, hecho que los acercaba a la miseria. Ellas marcaron definitivamente diferencias con las influencias religiosas que sí estaban en la Charity Organization Society (COS) o en los Settlements de la vieja Europa, y supieron diseñar lo que en todo momento querían como una disciplina científica aplicada. Querían conocer para transformar, no solo para hacer avanzar el mero conocimiento científico, actitud de la que acusaban a algunos de sus contertulios barones. Estamos hablando de Mary Richmond, de Jane Addams y de sus múltiples relaciones con Park y Thomas, con Mead; es decir, con lo que se conoce en ciencias sociales como la Escuela de Chicago (volveremos sobre esto más adelante) (Miranda, 2004, 2010, 2011).

Antes de seguir, y para no desalentar a los alumnos y alumnas que nos puedan leer, afirmaré que este debate sobre la identidad disciplinar no afecta solo al trabajo social. Por ejemplo, citaré el trabajo recientemente publicado por Juan Pedro Blois (2014)

titulado *¿Para qué sirven los sociólogos?* Esa misma pregunta la formulan habitualmente los antropólogos (mi otra identidad disciplinar), por no hablar de los psicólogos u otros muchos profesionales. Habrá que insistir en que las profesiones, y el conjunto de conocimientos teórico-prácticos en el que se apoyan, son construcciones sociales, culturales y por tanto no están inscritas en el orden de la naturaleza. Como tales construcciones sociales admiten diferencias propias de la cultura en la que se ejercen y de las condiciones materiales impuestas por el medio social. Un médico es un médico en cualquier lado, pero su visión de la medicina y la forma de ejercerla difiere mucho si trabaja en un hospital altamente tecnificado o si está en un humilde centro de atención primaria de un país africano, por ejemplo. Dice Payne (1995) que “no disponemos de una definición consensuada porque no es un concepto simple y por ello resulta difícil determinar qué es lo que puede considerarse como trabajo social, cuáles son sus objetivos y sus métodos, quiénes son sus clientes o beneficiarios” (p. 17), y es verdad, a pesar de que hay definiciones internacionales mayoritariamente aceptadas. Pero también es verdad que sí hay elementos comunes, como reconoce el mismo autor, que pasan por un cuerpo teórico más o menos común, un vocabulario compartido, unos métodos y técnicas, unos modelos de intervención reconocidos internacionalmente, similares ámbitos donde se ejerce la profesión, unas declaraciones de principios éticos comúnmente aceptadas, unos fundamentos que forman parte de esa identidad común que realmente existe en la inmensa mayoría de los países.

Dicho lo anterior, volvemos a nuestro problema: ¿cuál es la identidad del trabajo so-

cial en el conjunto de las profesiones y de las disciplinas sociales? Esta es la pregunta sobre la que llamamos a la reflexión. ¿Cómo se construye esa identidad que nos hace ser trabajadores sociales y no otra cosa, no sociólogos, ni psicólogos? ¿En qué nos diferenciamos para ser lo que somos? ¿Con qué elementos construimos esa identidad propia que nos hace diferentes a los demás? Queda dicho que las profesiones, la nuestra y las demás, son construcciones sociales y por tanto todo es mutable y por supuesto sometido a discusión. Se entiende perfectamente además que cualquier profesión ha de ser capaz de adaptarse a situaciones nuevas, como sin duda estamos haciendo los colegas españoles en una realidad lamentable a la que nunca pensamos que podríamos llegar y a la que nos ha llevado esta estafa llamada crisis económica, diseñada y potenciada hace décadas por la desregulación financiera propia del neoliberalismo, empeñado en acabar con el llamado Estado de Bienestar y reducir a su expresión mínima al propio Estado. La situación de deterioro de los pilares del bienestar, contruidos con tanto esfuerzo durante muchos años, es nueva, pero la profesión, no. En toda Europa (como empezaron hace años los colegas ingleses ante las políticas del tacherismo), no nos ha quedado más remedio que instalarnos en la defensa de los servicios sociales, de la sanidad, las pensiones y la educación pública, y enfrentarnos con imaginación a unas nuevas circunstancias de empobrecimiento masivo en las que el desempleo y el simultáneo recorte de prestaciones y derechos conquistados sumen en la desesperación a cada vez más ciudadanos.

Así pues, cambian las circunstancias y tendrán que cambiar los objetivos profesiona-

les, programas, métodos y procedimientos. Pero la identidad profesional, la nuestra y la de otros, no cambia. Somos trabajadores sociales. Y en nuestro caso, como en cualquier otro, la cuestión de la identidad no es baladí. Es la identidad propia la que permite el trabajo en equipo. Ejercí la profesión en un equipo psiquiátrico hospitalario durante más de una década, y estoy seguro de que si cada profesional no tiene clara su identidad, el conflicto está asegurado porque es esa identidad la que determina la aportación específica al equipo, las funciones que cada cual desarrolla de manera autónoma sin entrometerse en aquellas que corresponde a otros.

En la formación de esa identidad que no cambia, un elemento sustancial es la historia disciplinar. En antropología y en psicología esto se conoce bien. Cada pueblo, cada colectividad y cada sujeto individualmente considerado necesita utilizar su pasado, su historia, para saber quién es en este momento, de dónde viene, cuáles son sus orígenes, quiénes fueron sus ancestros, sus progenitores, es decir, su historia, sea la que sea. A menudo percibo (como ya lo dije) que en el caso del trabajo social se desprecia esa historia como si fuera vergonzante, como algo para olvidar cuando no para ocultar. Solo se cita para estigmatizar y renegar de ella. Me refiero a esos elementos históricos a nivel internacional imprescindibles para entender lo que ha sido desde finales del siglo XIX, fechas en las que ya había profesionales, esto que conocemos como trabajadores sociales. Comprendo y aplaudo los intentos de construir la historia de la disciplina en cada uno de los países; tarea que es conveniente e imprescindible incluso. Cito por ejemplo el pione-

ro trabajo de Torres Díaz (1987) sobre la historia del trabajo social colombiano y el de Burgos Ortiz (1998/2001), por lo que se refiere a las pioneras de la profesión en Puerto Rico, o el más reciente de Alcina de Castro Martins en Portugal (2010); pero, como es obvio, estos trabajos no son sino unas piezas de un *puzzle* que es la historia del trabajo social a nivel internacional. En esta tarea todas las piezas son necesarias, incluidas desde luego las que se refieren a las que fueron las pioneras, creadoras del invento, que sorprendentemente siguen siendo desconocidas (Miranda, 2004).

En los últimos años no pocos colegas nos hemos propuesto rescatar esa historia que en gran parte era una incógnita que permanecía, al menos en nuestros ámbitos profesionales, como parte de la búsqueda sobre la identidad profesional. El GIITS es un buen ejemplo y nuevos colegas se suman al proyecto compartiendo su importancia para seguir construyendo profesión y disciplina, colaborando en la resolución de algunos de los problemas identitarios que nos afectan (Travi, 2006, 2007; Ibáñez, 2010).

## **2. Las influencias recibidas en los primeros pasos de la profesión, procedentes de la principal escuela de pensamiento social que había en aquel momento.**

### **M. E. Richmond, J. Adams y la Escuela de Chicago de Park y Thomas**

El lector podrá encontrar en la bibliografía múltiples referencias (espero que los editores sean comprensivos con tantas

referencias, pues en el ámbito académico compartir las fuentes es imprescindible) que indican el creciente interés internacional por conocer y recuperar la obra de las pioneras del trabajo social comenzando por las dos más importantes. Una desde las COS y otra, con historia, presupuestos ideológicos y opciones metodológicas diferentes, desde los Settlements. Las limitaciones de espacio nos impiden extendernos en la exposición de su obra, pero sí resulta imprescindible afirmar que cada vez es más urgente y necesaria esa labor de recuperación y de reinterpretación de sus vidas y de sus aportaciones. Veremos entonces que a ambas las guía el interés por pasar de la caridad a la ciencia. Comprobaremos cómo buscaron apoyos en aquellos centros universitarios pioneros en el desarrollo del conocimiento social, y en concreto, y no podía ser de otra manera puesto que ellos mismos eran pioneros en la sociología y antropología norteamericana, en el Departamento de la Universidad de Chicago. De la herencia que este Departamento legó a las ciencias sociales no sabemos en qué medida influyeron las posiciones de Jane Addams. Si atendemos a la pionera obra de Mary J. Deegan (1990), esta influencia no fue poca, precisamente, pues era el escenario urbano, en el que todos los problemas sociales se multiplicaban, donde coincidían los académicos con las trabajadoras sociales. Hombres y mujeres, y no por casualidad. En la intervención social eran las mujeres las que mandaban, Jane Addams era la líder indiscutible en Hull House y los hombres, cargados de todos sus prejuicios sobre la producción intelectual femenina, se resistían a la incorporación de las mujeres como profesoras universitarias. Algunas de

las primeras residentes en los Settlements ya consiguieron vencer esos prejuicios con su tenacidad y el valor de sus propias investigaciones. Eran trabajadoras sociales investigadoras, comprometidas en el cambio social y a la vez docentes.

¿Desde qué presupuestos ideológicos, se preguntará el lector?, pues por lo que sabemos desde los más progresistas del momento. La primera generación de trabajadoras sociales participó en las principales “batallas sociales” del momento. Las de los Settlements estaban presentes en permanente diálogo con el movimiento sindical, se presentaron a las elecciones como candidatas socialistas (a principios del siglo XX y en Estados Unidos), potenciaron el asociacionismo de los afroamericanos, de los consumidores. Su labor de acogida y defensa de los inmigrantes fue inmensa, eran sufragistas militantes y en 1914 fueron antibelicistas, lo que le valió a Jane Addams el reconocimiento internacional y el premio Nobel de la Paz.

Mary Richmond, la versión más progresista de las COS (no juzgar en el mismo paquete las COS de finales del siglo XIX con lo que representa Richmond en las primeras décadas del XX), además de poner los pilares metodológicos del trabajo social individualizado, estuvo comprometida personalmente con problemas sociales como la atención a la infancia, el problema de la vivienda de los trabajadores y la atención a las viudas que quedaban desamparadas.

En ambos casos, como demostramos en su momento, hay un diálogo permanente con el pragmatismo progresista de W. James, J. Dewey y G.H. Mead que impregnó filosóficamente aquellos años y que subyacía en las numerosas producciones de toda la

Escuela de Chicago. Por otro lado, el interaccionismo simbólico (Mead estaba en Chicago y fue profesor y amigo de M. H. Richmond) proporcionó soluciones teóricas respecto a la cuestión del binomio-sociedad, determinando de manera definitiva marcar distancias con las posiciones iniciales que culpabilizaban a los menesterosos, buscando siempre los factores individuales como causas explicativas de los problemas sociales. Hay que volver a leer a M. Richmond para comprobar cómo ella misma explicaba en 1922, que las teorías sobre el “yo ampliado” de George Herbert Mead “constituyen la piedra angular del Trabajo Social individualizado” (Richmond, 1982, p. 87). Si profundizáramos en la solución interaccionista veríamos seguramente cómo era más fácil construir consensos a nivel internacional superando algunas polémicas que ya nuestras pioneras resolvieron. La mente humana es el resultado de las influencias sociales; no hay individuo si no hay sociedad. No se puede explicar la conducta individual si no es teniendo en cuenta el grupo, la sociedad en la que el sujeto se ha desarrollado como ser humano. El todo es anterior a la parte y no al revés, mantenía Mead, y en cuanto Richmond lo comprendió, vio resueltas muchas dudas y abiertas muchas posibilidades. Cualquier definición de objeto del trabajo social que se plantee ha de partir de esta perspectiva necesariamente, porque eso sí, alguna definición del mismo habremos de tener porque es imprescindible para construir la propia identidad y relacionarse en ámbitos interprofesionales e interdisciplinarios; no son los paradigmas, ni las teorías, ni los métodos, ni las técnicas utilizadas. Es el objeto

lo que define y marca las diferencias con las demás disciplinas.

En rigor, pues, no se puede mantener la acusación de asistencialismo, de funcionalismo y de no sé qué más al trabajo social pionero norteamericano (Miranda, 2010). Muchos estamos convencidos de que, conociéndolas, acercándose a ellas sin prejuicios preconcebidos ni dogmas prefijados, serían muchos más los trabajadores sociales que se sentirían orgullosos de la herencia de aquellas mujeres increíbles que soñaron, diseñaron y protagonizaron esta (a finales del XIX) nueva profesión que se vino en llamar trabajo social. Lo dejo aquí e invito al lector bienintencionado a hacer su propia investigación apoyándose en la bibliografía proporcionada.

## A modo de conclusión

Es cierto que las profesiones son construcciones sociales y que en cualquier profesión influyen elementos locales, pero ello no hace perder de vista los elementos que configuran dicha profesión a nivel mundial, en la división social del trabajo. Es legítimo y saludable debatir sobre la definición del trabajo social; la sociología y la antropología, por ejemplo, lo siguen haciendo. Lo que no parece muy útil ni inteligente es echar a la basura, sin conocerlas en muchas ocasiones, a las pioneras del trabajo social, simplemente porque no cuadran en mi concepción política. El conocimiento científico exige rigor y la exclusión de prejuicios y estereotipos. En este sentido, construir la trayectoria del trabajo social desde la perspectiva de la historia de la ciencia es todavía una tarea en gran parte pendiente. La ciencia no sabe mucho de fronteras nacionales.

## Referencias

- Adams, R., Dominelli, L. y Payne, M. (1998). *Social Work: Themes, Issues and Critical Debates*. London: MacMillan.
- Barrantes, C. A. (2006). Trabajo social de siglo XXI: una crítica al discurso de brasileños et alii. *Katálisis*, 9(2), 176-188.
- Castro, A. M. (2010). *Génesis, emergencia e institucionalização do serviço social português*. Lisboa: Enadernação Progresso.
- Deegan, M. J. (1990). *Jane Addams and the Men of the Chicago School*. New Brunswick and Oxford: Transaction Books.
- Di Carlo, E. (2005). *La profesión de trabajo social*. Mar de Plata: Universidad Mar de Plata.
- Di Carlo, E. et al. (2004). *Trabajo social y persona*. Mar de Plata: Paideia.
- Entel, A., Lenarduzzi, V. y Gerzovich, D. (1999). *Escuela de Frankfurt: razón, arte y libertad*. Buenos Aires: Eudema.
- Gibelman, M. (1997). *What social workers do*. Washington, D.C.: Nasw Press.
- Hernández, J. (2011). *Trabajo social en el espacio europeo: teoría y práctica*. Madrid: Grupo 5.
- Hill, M. (1996). *Social Work and the European community*. London: Jessica Kingsley Publishers.
- Ibáñez, V. (Comp.) (2010). *Historia, identidad e intervención profesional. III Encuentro interuniversitario de investigadores en trabajo social. Grupo GIITS*. Buenos Aires: Suárez.
- Llovet, J. J. y Usieto, R. (1990). *Los trabajadores sociales: de la crisis de la identidad a la profesionalización*. Madrid: Popular.
- Miranda, M. (2004). *De la caridad a la ciencia: pragmatismo, interaccionismo simbólico y Trabajo Social*. Zaragoza: Mira.
- Miranda, M. (2010). *De la caridad a la ciencia I. Trabajo social: la construcción de una disciplina científica*. Buenos Aires: Espacio.
- Miranda, M. (2010). Reivindicando a Mary Richmond y su obra. *Locus Social*, 5.
- Perlman, H. H. (1971). *Qué es un asistente social*. Buenos Aires: Humanitas.
- Richan, W. C. y Mendelsohn, A. (1973). *Social Work: The unloved profession*. New York: Franklin Watts.
- Torres, J. (1987). *Historia del trabajo social*. Buenos Aires: Humanitas.
- Wright Mills, C. (1964). *La ideología profesional de los patólogos sociales: poder, política, pueblo*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.

## Bibliografía complementaria

- Agnew, E. N. (2004). *From Charity to Social Work: Mary Richmond and the Creation of an American Profession*. Chicago: University of Illinois.
- Agnew, E. N. (2010). Civic Professionalism and Social Work: Mary E. Richmond's Legacy in the 21<sup>st</sup> Century. *Locus Social*, 5, 31-44.
- Alayon, N. (1989) *Asistencia y asistencialismo: ¿pobres controlados o erradicación de la pobreza?* Buenos Aires: Humanitas.
- Alayón, N. (2005). *Trabajo social latinoamericano: a 40 años de la reconceptualización*. Buenos Aires: Espacio.
- Alayón, N., Barreix, J. y Cassineri, E. (1971). *ABC del trabajo social latinoamericano*. Buenos Aires: Ecro.
- Autès, M. (2004). *Les paradoxes du travail social*. París: Dunod.
- Autès, M. (2004). *Les paradoxes du travail social*. París: Dunod.
- Barrantes, C. A. (2005). ¿Es el sur el norte del trabajo social? Entre el angloeurocentrismo y la geopolítica de la producción de conocimientos y saberes en la alborada latinoamericana. 1. *Serviço Social em Revista*, 7(2). Recuperado de [http://www.uel.br/revistas/ssrevista/c\\_v7n2\\_cesar.htm](http://www.uel.br/revistas/ssrevista/c_v7n2_cesar.htm)
- Bertolotto, M. I. y Lastra, M. E. (2008). *Políticas públicas y pobreza en el escenario post 2002*. Buenos Aires: Cefomar.
- Blois, J. P. (2014). ¿Para qué sirven los sociólogos? La definición de la sociología legítima en textos canónicos de la disciplina y la expansión de las inserciones laborales de los sociólogos. *Espacio abierto*, 23(1), 71-105.
- Branco, F. (2010). A Sociatria em Jane Addams e Mary Richmond. *Locus Social*, 5, 70-78.
- Butrym, Z. (1976). *The nature of Social Work*. London: Macmillan.
- Cambiasso, N. y Griego y Bavio, A. (2004). *Los usos del orden: de la Escuela de Chicago al funcionalismo*. Buenos Aires: Eudeba

- Carballeda, A. (2006). *El trabajo social desde una mirada histórica centrada en la intervención: del orden de los cuerpos al estallido de la sociedad*. Buenos Aires: Espacio.
- Cohen, N. E. (1958). *Social Work in the american tradition*. New York: Dryden Press.
- De Bray, L. y Tuerlinckx, J. (1966). *La asistencia social individualizada (Social Casework)*. Madrid: Aguilar.
- Delavalle, M. (2010). Mary Richmond dans le Service Social Italien: Entre l'oubli et l'actualité. *Locus Social*, 5, 56-69.
- Deslauriers, J. P. y Hurtubise, Y. (2005). *Le travail social international: Éléments de comparaison*. Québec: Presses de l'Université Laval.
- Deslauriers J. P. y Hurtubise, Y. (2007). Mary Richmond: de la charité a la professionnalisation. In J. P. Deslauriers y Y. Hurtubise (Directs.), *Introduction au travail social*. (pp. 5-18). Québec: Presses de l'Université Laval.
- Devine, E. (1922). *Social Work*. New York: Macmillan.
- Du Ranquet, M. (1994). *Los modelos en trabajo social: intervención con personas y familias*. Madrid: Siglo XXI.
- Friedlander, W. A. (1985). *Dinámica del trabajo social*. México, D. F.: Pax México.
- Gaitán, L. (1990). El trabajo social como disciplina y como profesión en el ámbito interprofesional. *Documentación Social*, (79), 99-110.
- Gibelman, M. (1999). The Search for Identity: Defining Social Work. Past, Present, Future. *Social Work*, 44(4), 293-408.
- Hurtubise, Y. (2010). Mary Richmond: une pionnière mal connue. *Locus Social*, 5, 45-35.
- Kohs, S. C. (1966). *Las raíces del trabajo social*. Buenos Aires: Paidós.
- Langan, M. (1989). *Radical Social Work Today*. Boston: Unwin Hyman.
- Lera, C. I. et al. (2009). *Apuntes sobre trabajo social: construyendo el oficio*. Entre Ríos: Fundación La Hendija.
- Ludove, R. (1965). *The professional altruist. The emergence os social work as a career. 1880-1930*. Cambridge: Harvard University.
- Miranda, M. (1997). M. Richmond y Herbert Spencer y por qué M. Richmond no era darwinista. *Trabajo Social y Salud*, 27, 11-27.
- Miranda, M. (2007). De la caridad a la ciencia: la construcción de la identidad disciplinar del trabajo social. *ArXius de Ciències Socials*, 16.
- Miranda, M. (2007). El compromiso con la ciencia: conocimiento y técnica en trabajo social. *Revista Internacional de Ciencias Sociales y Humanidades, Sociotam*, 27 (2), 9-28.
- Miranda, M. (2008). Apuntes para una reflexión sobre nuestra propia historia: la historia al servicio de la identidad profesional. *Revista de Treball Social*, 184, 9-28
- Miranda, M. (2008). Historia e identidad del trabajo social en salud. *Trabajo Social y Salud*, 60, 7-24.
- Miranda, M. (2011). Contexto de la actividad y el pensamiento de Mary Richmond. *Cuadernos de Trabajo Social*, 35.
- Miranda, M. (Comp.) (2011). *Política social y trabajo social: desarrollo histórico y debates actuales*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Miranda, M. (2012). Remontarse a las fuentes: vindicación de las pioneras. En J. Fombuen (Coord.), *El trabajo social y sus instrumentos: elementos para una interpretación "a piacere"*. (pp: 73-107) Valencia: Nau Libres.
- Miranda, M. (2012). Algunas reflexiones sobre las pioneras del trabajo social y el papel de la educación. *Azarbe* (1). Recuperado de <http://revistas.um.es/azarbe/article/view/151161>
- Miranda, M. (2013). *De la caridad a la ciencia II: influencias del pragmatismo y el interaccionismo simbólico en trabajo social*. Buenos Aires: Espacio.
- Miranda, M. (2014). *Aportaciones al trabajo social*. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- Morales, A. T. y Sheafor, B. W. (1998). *Social Work: A profesión of many faces*. Boston: Allyn and Bacon.
- Mouro, H. y Simões, D. (2001). *100 anos de serviço social*. Coimbra: Cuarteto.
- Murdach, A. D. (2011). Mary Richmond and the Image of Social Work. *Social Work*, 56(1) 92-94.
- Payne, M. (1995). *Teorías contemporáneas del trabajo social. Una introducción crítica*. Barcelona: Paidós.

- Perlman, H. H. (1980). *El trabajo social individualizado*. Madrid: Rialp.
- Richmond, M. H. (1982). *Caso Social individual*. Buenos Aires: Humanitas.
- Robert, R. y Nee, R. H. (1970). *Theories of Social Casework*. Chicago: The University of Chicago Press.
- Trattner, W. I. (1994). *From Poor Law to Welfare State: A History of Social Welfare in America*. New York: Free Press.
- Travi, B. (2006). *La dimensión técnico-instrumental en trabajo social: reflexiones y propuestas acerca de la entrevista, la observación, el registro y el informe social*. Buenos Aires: Espacio.
- Travi, B. (2007). El proceso de profesionalización del trabajo social y el movimiento de reforma social (EE.UU. 1860-1935). *Cuadernos de Trabajo Social*, 27, 9-42.
- Travi, B. (2011). Conceptos e ideas clave en la obra de Mary Ellen Richmond y la vigencia actual de su pensamiento. *Cuadernos de Trabajo Social*, 24, 57-67.
- Verdés-Leroux, J. (1978). *Le Travail Social*. París: Les Editions de Minuit.
- VV. AA. (2007). *Trabajo social: prácticas universitarias y proyecto profesional crítico. I Encuentro Argentino y Latinoamericano*. Buenos Aires: Espacio.
- Zamanillo, T. (1991). Fisonomía de los trabajadores sociales: los problemas de la identidad profesional. *Cuadernos de Trabajo Social*, 85-103.